

LOS INTELLECTUALES
Y
EL VIETNAM

Puesto que la palabra intelectual no parece que tenga mucho prestigio y cada día se vincula más a aspectos poco determinados de inoperancia, esnobismo y pedantería, empiezo por aclarar que aquí la palabra intelectual está tomada en un sentido de persona que toma conciencia de un hecho, de un estado de cosas (toma conciencia o crea conciencia), generalmente problemático e injusto, y trata de exteriorizar su opinión con objeto de remediar, en la medida de sus posibilidades de base histórica, sociológica y, sobre todo, ética, la situación de que se trate. Naturalmente, el intelectual de referencia siempre está “en contra”, es el adalid de las injusticias humanas. Digo esto porque a nadie se le oculta que el intelectual puede funcionar, y de hecho funciona, a todos los niveles y en todas las direcciones, buenas o malas. Pero yo quiero aquí emplear la palabra intelectual exclusivamente en su significación de promotor de entendimiento entre los humanos, de conciencia alarmada, de testigo coherente —por disponer de fuentes de información *valorativas*, distintas a las fuentes de información normales— inclinado del lado de la verdad (suponiendo que la verdad exista) y de un humanitarismo (teórico) sobrepuesto a cualquier otro tipo de intereses (en otras palabras: que el intelectual es una hipótesis, pero hemos de creer forzosamente en la realización de la hipótesis porque es hermosa y noble y equivaldrá siempre a un punto de referencia ideal).

Establecer un censo de los libros publicados sobre el Vietnam es imposible ahora, pero basta citar varios títulos y autores, traducidos al castellano, para poder establecer dos circunstancias-clave, de las cuales la primera se refiere a que los intelectuales de la noble especie antes descrita están contra la intervención norteamericana en el antiguo territorio indochino. Ferozmente en contra.

El testimonio del genocidio que está cometiendo Norteamérica en Vietnam dado por —vayan algunos ejemplos— Arthur Schlesinger (“Una amarga herencia”, Lumen), Eugene McCarthy (“Los límites del poder” y “Cartas del Vietnam”, los dos Llibres de Sinera), Mary

McCarthy (“Vietnam”), John Takman y otros (“Napalm”, los dos de Seix Barral), Norman Mailer (“Los ejércitos de la noche”, Grijalbo), etc., es incontrovertible y sobrecogedor. En la serie de artículos reunidos bajo el título común de “Napalm”, de edición sueca, figuran estadounidenses, rusos, suecos, vietnamitas e ingleses y, entre otros importantes, podemos citar a Bertrand Russell y a Peter Weiss. Dice Russell: “Con napalm se han inmolado aldeas enteras; constantemente se emplea para atacar a la población civil de muchos lugares. En Vietnam se han saturado de napalm hospitales, escuelas, sanatorios y clínicas”. Ya sabemos todos, o deberíamos saber, que el “napalm es una sustancia inflamable de enorme poder destructivo” y quema cuanto toca, hasta el hierro, y arde sin llama en la piel humana, a la que se adhiere como el alquitrán.

En principio se atiende a la descripción de los hechos: aldeas arrasadas, hambre, madres llorando, arrozales infectados, migraciones de la población, bombardeos de napalm, fósforo y armas nuevas que los americanos están experimentando en el Vietnam (como las bombas CBU, que dispersan cada una al estallar trescientos balines de acero y son transportadas y arrojadas en recipientes fusiformes (“latas”) que contienen cada una de trescientas a cuatrocientas bombas) (art. de John Takman en el citado libro “Napalm”). La violación de toda clase de convenios, los crímenes contra el derecho de gentes, el empleo de gases venenosos, la escalada continua (sin contar el personal civil y servicios auxiliares, hay más de medio millón de soldados norteamericanos en Vietnam) y el derroche de energía inútil, la muerte de los “muchachos” y, paradójicamente, el fabuloso auge económico de las industrias pesada y química de los Estados Unidos, la espita abierta del potencial tecnológico y el futuro incierto de una siniestra guerra jamás declarada.

Después se atiende a las supuestas razones políticas y estratégicas de la intervención en Vietnam (amenaza del comunismo, razones de prestigio en el Sudeste asiático y en todo el mundo, dificultades prácticas y morales de la retirada honorable de tan gran contingente de fuerzas y, por último y entre otras razones, que si los americanos no combaten ahora en el Lejano Oriente tendrían que hacerlo más tarde y con menos ventajas en sus propios terrenos occidentales) para, a continuación, destruir uno por uno tales supuestos y llegar a la conclusión de que ninguno de ellos justifica las matanzas y el sufrimiento ya casi místico de un pueblo valiente y pobre enfrentado a la mayor potencia del siglo.

El panorama lo expuso diáfananamente Norman Mailer en el relato de su participación —y detención— en la marcha de protesta contra la guerra del Vietnam organizada en Washington en 1967. Y citamos a Mailer como representante más explícito de todo un frente de intelectualidad norteamericana contrario a la guerra (Goodman, Lowell, Macdonald, Lens, doctor Spock, Malamud, Bellow, Sontag). Su obra “Los ejércitos de la noche”, de reciente aparición en España, es enormemente significativa del clima popular, universitario e intelectual anti-Vietnam en los EE. UU., las continuas manifestaciones de protesta, los discursos contra el Pentágono e incluso los “insultos” al presidente de la nación. Mailer llega a pensar, tras un largo razonamiento de por qué los americanos deberían dejar Asia para los asiáticos, “que el centro de los EE. UU. podía estar loco” y que el país vivía una profunda esquizofrenia. “El incendio de poblados por el napalm podía ser el índice de nuestra inestabilidad colectiva”.

Los intelectuales del mundo entero, empezando por los americanos —que, además, manifiestan sus opiniones en los libros y en la televisión (más en la extranjera) con entera libertad, pues por algo viven en el “seno de la democracia”—, han tomado conciencia del problema y luchan en la medida de sus áreas de competencia. ¿Y qué? Este es el segundo drama. Se lucha por la libertad, en la creencia noble de que denunciar un conflicto o una in-

justicia es la base para su solución. Libertad de Prensa, de opinión, de diálogo. Todo esto se da en los EE. UU. Se da en los EE. UU., y la guerra del Vietnam no sólo no termina, pese a la conciencia exacerbada del mundo intelectual, sino que se extendió a Camboya y, en las manifestaciones de protesta, según todos hemos leído, la guardia nacional mató a cuatro estudiantes, ante la consternación del país, y Mailer y Spock nuevamente encabezaron otra marcha en Washington. Todo sigue igual y la famosa "toma de conciencia" de los intelectuales, cabeza de puente del ciudadano medio, no ha conseguido dar otro matiz a esos oscuros y amargos designios que luchan en Vietnam y Camboya. Un profundo pesimismo se apodera del intelectual cuando comprueba que ni incluso desde el plano de la libertad y de la expresión abierta y arriesgada influye en el contorno de los hechos. Se habla mucho de la alienación que provoca la cultura de masas. ¿Es que los niños quemados con napalm o hinchados de hambre que todos hemos visto en televisión, cine, periódicos, no es también cultura de masas? ¿Por qué no provocan a su vez un equilibrio "desalienante"? ¿Qué puede hacer Mailer —y otros— sino dejarse encarcelar y dar el escándalo público? ¿Por qué no pertenece al gobierno? Porque no sería Mailer. Ah. ¿Cómo se ha llegado a tan terrible alienación o, en todo caso, cómo la verdadera cultura de siglos de existencia ignora o no puede controlar los mecanismos de la eficacia? ¿O toda la cultura occidental es una utopía? ¿O es simplemente "moralista"? Preguntas. Preguntas. Aquí sólo hay una respuesta pequeña y triste: que la "noción del mal" no elimina el mal, que el proceso de concienciación no determina cambios reales. Al menos a nivel cotidiano, que es el que importa, pues los esquemas históricos casi siempre nos pillan muertos.

EDUARDO TIJERAS

